

se, le decia que continuase en la misma provincia; que estuviese seguro de que pronto se veria libre el Estado de los enemigos que le rodeaban, y que entonces se reuniria con sus compatriotas.

Los indios partieron inmediatamente con la contestacion, y el general, contento de saber que vivian aquellos dos españoles, por cuya suerte se habia manifestado cuidadoso, se entregó á los preparativos de la campaña (1).

Desde que terminó el reconocimiento militar al rededor de las lagunas, trazó su plan de sitio perfectamente concebido. El momento de ponerlo en práctica habia llegado.

En los primeros dias de Mayo, reunió sus tropas en la plaza Mayor de Texcoco, para distribuirlas de la manera que se habia propuesto, á fin de que las operaciones diesen el resultado que, segun sus observaciones, debian producir. Su plan de ataque era dividir el ejército en tres cuerpos que debian marchar sobre la ciudad, por las principales calzadas, conservando entre ellos la comunicacion, á la vez que al enemigo se le cortaria toda relacion con la tierra, por medio de los bergantines, que venian á ser lo que las actuales lanchas cañoneras. Confió el mando de la primera division á Pedro de Alvarado, que debia ocupar la ciudad de Tacuba, impidiendo que entrara por

(1) «E como los dos indios llegaron con esta carta á la dicha provincia de Tepeaca, el capitan que yo allí habia dejado con ciertos españoles, enviómelo luego á Tesaico; y recibida, todos recibimos mucho placer; porque aunque siempre habiamos confiado en la amistad de los de Chinanta, teníamos pensamiento que si se confederaban con los de Culua, que habrian muerto aquellos dos españoles: á los cuales yo luego escribí dándoles cuenta de lo pasado.»—Tercera carta de Cortés.

la calzada del mismo nombre socorro ninguno á los sitiados. Las fuerzas que puso bajo sus órdenes, segun dijo el mismo Cortés, se componian de treinta ginetes, ciento sesenta y ocho infantes, entre los cuales habia diez y ocho escopeteros y ballesteros, y de veinticinco mil tlaxcaltecas. Cristóbal de Olid fué nombrado maestro de campo, y se le dió el cargo de la segunda division, que debia situarse en Coyohuacan. Tenia bajo su mando treinta y tres ginetes, ciento sesenta infantes de espada y rodela, diez y ocho ballesteros y veinte mil aliados. La tercera division la puso bajo el mando de Gonzalo de Sandoval, compuesta de veinticuatro soldados de caballeria, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento cincuenta de espada y rodela, y toda la gente de Chalco, Huexotzinco y Cholula, que pasaba de treinta mil hombres. Esta division recibió órden de pasar por Iztapalapan, para acabar de destruirla, pues era una ciudad demasiado poderosa para dejarla á la espalda con su pujanza y elementos. Hernan Cortés tomó el mando de los bergantines, cuya fuerza total ascendia, como he dicho anteriormente, á trescientos hombres, «los mas de ellos,» segun dice el mismo general, «gente de la marina y bien diestra.»

Eligió el jefe español el mando de la escuadra, porque juzgó que era el punto mas comprometido en los momentos de formalizar el sitio. Sus capitanes, conociendo la importancia de su presencia en los campamentos, y creyendo que el mayor peligro estaba por la parte de tierra, emitieron esta opinion; pero el general, convencido de lo contrario, les hizo comprender que se equivocaban, y resolvió, definitivamente, marchar con los bergantines, prescin-

diendo del ardiente afán que tenía en dirigir por tierra las primeras operaciones (1).

Dadas á los capitanes las instrucciones que juzgaba conducentes al logro de la empresa, dirigió la palabra á las tropas recordándoles que iban á combatir en servicio de Dios, del rey y de la humanidad. Desde el general hasta el último soldado juzgaban aquella campaña como una cruzada emprendida en favor del cielo, y la idea religiosa era la dominante. Los soldados, llenos de entusiasmo y anhelando verse frente á sus contrarios, respondieron: «Prontos estamos á dar nuestras vidas por Dios y el rey, á quien las tenemos ofrecidas, para cumplir como cristianos y españoles.»

La convicción de que combatían por una causa santa, redoblabá el esfuerzo de aquellos hombres, dispuestos siempre á los trabajos; jamás entregados al reposo.

El ejército, dispuesto para emprender la marcha á los puntos señalados, se componía, como se ve, de novecientos españoles, y de setenta y cinco mil aliados. No iban en esta expedición todas las tropas auxiliares, pues se creyó conveniente que permaneciesen en Texcoco y otros puntos próximos, mientras se formaban los campamentos frente á la ciudad situada.

(1) «Y aunque yo deseaba mucho irme por la tierra, para dar órden en los reales, como los capitanes eran personas de quien se podía muy bien fiar lo que tenían entre manos, y lo de los bergantines importaba mucha importancia, y se requería gran concierto y cuidado, determiné de me meter en ellos, porque la mas aventura y riesgo era el que se esperaba por el agua; aunque por las personas principales de mi compañía me fué requerido en forma que me fuese con las guarniciones, porque ellos pensaban que ellas llevaban lo mas peligroso.»—Tercera carta de Cortés.

El general español determinó que el ejército aliado saliese un día antes que las tropas castellanas y que se detuviese á esperarlas en los confines del territorio texcocano.

Los escuadrones tlaxcaltecas y los de las demás provincias, se formaron; y colocándose al frente de ellos sus capitanes, salieron de la ciudad llenos de entusiasmo y alegría, al son de los instrumentos bélicos, cuyos ásperos sonidos, tenían para ellos encantos seductores.

Era al rayar la primera luz crepuscular cuando emprendieron la marcha. El valiente Chichimecatl, que iba mandando un cuerpo de tropas tlaxcaltecas, y anhelando medir sus armas con los mexicanos, notó que faltaba el general en jefe Jicotencatl, y preguntó por él á los demás capitanes. Los escuadrones hicieron alto con objeto de esperarle, creyendo que se hubiese quedado atrás con algunos oficiales de su casa; pero viendo que no llegaba, se llegó á saber que durante la noche había tomado el camino de Tlaxcala, saliendo misteriosamente y muy encubierto del campamento.

Disgustado el pundonoroso Chichimecatl de la deserción del general, y no queriendo que pudiera imaginarse ninguno, que el ejército tlaxcalteca toleraba un acto que pudiera interpretarse de una manera poco favorable al honor militar, volvió inmediatamente á Texcoco, poniendo en conocimiento de Cortés lo acaecido (1).

La deserción de Jicotencatl se ha atribuido á diversas

(1) «Pues despues aquello vió y entendió el Chichimecatecle... vuelve del camino mas que de paso, e viene á Texcoco á hacérselo saber á Cortés.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

causas. Bernal Diaz del Castillo, que refiere lo que de los jefes y soldados tlaxcaltecas escuchó en aquellos mismos instantes, dice que la ambiciosa mira de apoderarse del cacicazgo y vasallos de Chichimecatl, mientras éste se hallaba en campaña, le impulsaron á cometer la falta referida (1). Herrera da por causa una pasion amorosa que dejaba en su país, causa poco aceptable por lo inverosímil que parece la desercion de un general en jefe al frente del enemigo por amor á una joven. Otros atribuyen el abandono de sus banderas á motivo muy distinto. Parece que el dia anterior, á la salida del ejército aliado, se suscitó una riña entre un soldado español y un jefe tlaxcalteca, llamado Pilteuctli, primo de Jicotencatl; cosa verdaderamente extraña, pues reinaba una armonía fraternal entre los soldados de Cortés y los aliados. En la riña, echaron ambos mano á las armas, y fué herido gravemente Pilteuctli. Como Hernan Cortés habia prohibido, bajo las penas mas severas, ofender en lo mas leve á ninguno de los aliados, se le ocultó la desagradable escena, temiendo que impusiese la pena de muerte al soldado castellano. Los oficiales españoles enviaron al herido á Tlaxcala con todo el cuidado y atenciones debidas á su rango, y el hecho quedó ignorado del general español. Jicotencatl se irritó al ver herido á su pariente, juzgando una ofensa el que un soldado hubiese cruzado con él sus armas, y teniéndolo por

(1) «Y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle... alcanzaron á saber que se habia vuelto aquella noche encubiertamente para Tlaxcala, y que iba á tomar por fuerza el cacicazgo é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle; y las causas que para ello decian los tlaxcaltecas, etc.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

un ultraje, abrazó la resolución de no tomar parte en la campaña.

Ni la mas leve mencion hace de esa riña Bernal Diaz del Castillo; lo que induce á creer, que no llegó á su noticia el hecho, á pesar de que era uno de los soldados á quien nada ocultaban los oficiales. Dificil parece tambien que el secreto no llegase al fin á ser descubierto por Hernan Cortés, cuando se asegura que el ejército tlaxcalteca hizo algunas manifestaciones de cólera por el ultraje, y mas sorprende, que esos mismos tlaxcaltecas, que atribuian la desercion á miras ambiciosas de mando y de poder, no indicasen que se hallaba ofendido por una causa que verdaderamente hubiera sido la mas disculpable.

Lo que se puede asegurar es que en los rumores que circulaban en las tropas tlaxcaltecas y españolas, se daba por causa la aspiracion al cacicazgo perteneciente al valiente Chichimecatl. De creerse es que esos rumores no reconociesen por fundamento mas que suposiciones y conjeturas que cada individuo hace cuando trata de fiscalizar la conducta de algun ilustre personaje. No hay derecho para acusar á Jicotencatl de esa ambicion bastarda, por solo los rumores esparcidos por los soldados. Si hubiera abrigado el proyecto de apoderarse del cacicazgo y de los vasallos de Chichimecatl, valiéndose de la ausencia de éste, podia haber renunciado el mando del ejército, pretextando cualquier motivo ó enfermedad para no salir de Tlaxcala. Nadie mejor que él sabia que las leyes de la república castigaban con la pena de muerte la desercion; y era imposible que se expusiera á ella, únicamente por apoderarse del cacicazgo de otro jefe, cuando pudo gestio-

nar para adquirirlo, sin necesidad de aventurar la vida.

Yo considero á Jicotencatl animado de mas elevados sentimientos y de mas noble ambicion. Desde que se presentó en la escena de los acontecimientos de su patria, disputando el paso á Hernan Cortés hácia Tlaxcala, le veo animado de un honroso deseo de gloria militar, y de un patriotismo recomendable. Despues del desagradable incidente del senado, en que fué destituido de sus honores y de su mando por haber apoyado la idea de los embajadores mejicanos contra los españoles, le veo lleno de ese noble sentimiento de gratitud que solo cabe en corazones generosos, presentarse á Hernan Cortés para ir á combatir á los tepeaqueños, que habian hecho algunas irrupciones en el territorio de la república. En todas las batallas dadas contra los mexicanos y los habitantes de la provincia de Tepeaca, que habian hostilizado á los pueblos tlaxcaltecas, combatió con denodado arrojo, pero sus hechos quedaban eclipsados por los de Hernan Cortés, y su nombre se olvidaba entre sus mismos compatriotas para ensalzar el del caudillo español. Aspiraba al renombre, á la gloria militar; y el renombre y la gloria militar á que aspiraba, únicamente los alcanzaba el jefe castellano, que era recibido con entusiastas aclamaciones por los pueblos. La consideración de que nunca alcanzaria el aura popular que codiciaba, habia matado su entusiasmo y entristecido su corazon. Se agregaba á este sentimiento, otro aun mas noble. La república habia hecho siempre extraordinarios sacrificios para mantenerse independiente del imperio mejicano, que dominaba el pais entero, y sin embargo, habia reconocido con singular placer, por legítimo soberano, al

monarca de Castilla. Cierto es que, segun las tradiciones religiosas del pais, pertenecia á los monarcas de España el gobierno del Anáhuac, y que el senado habia obrado bajo ese punto de vista, con arreglo á la disposicion de los dioses; pero su corazon se sublevaba contra las atenciones sin límites y sinceras de la república entera hacia los hombres blancos. Consideraba que el triunfo sobre Méjico aumentaria la influencia de Cortés sobre los gobernantes de su patria, y por lo mismo, aunque se puso al frente del ejército que marchaba á sitiar la capital de la nacion que mas odiaba, lo hizo sin lisonjeras ilusiones de alcanzar renombre; sin participar del entusiasmo de todos sus compatriotas y de las demás provincias. Veia que si en aquella empresa difícil se alcanzaba el triunfo, la gloria se concederia al jefe castellano, quedando en olvido los hechos con que él tratase de ilustrar su vida militar. Esta idea atormentadora para un corazon sediento de renombre, se convirtió en conviccion desde su llegada á Texcoco. El señor de la ciudad, la nobleza, los caciques y los señores de los pueblos, tenian verdadera complacencia en obsequiar al caudillo español. Para él y sus compatriotas eran los agasajos, los convites, los elogios, los aplausos y las consideraciones. Ni una palabra lisonjera, ni una manifestacion honrosa habia para su persona de parte de los gobernantes de las provincias confederadas. Esto acaso decidió á Jicotencatl á tomar la resolución de abandonar al ejército. Habia llegado á Texcoco, al frente de sus tropas, victoreando á Castilla y Tlaxcala; y es de suponerse que, su repentina determinacion, reconociese por causa el sentimiento del amor propio herido.

Hernan Cortés, conociendo las funestas consecuencias que podia traer la desercion de una de las personas mas caracterizadas de la república amiga, envió inmediatamente en alcance del fugitivo, varias personas respetables de la nobleza texcocana y tlaxcalteca, amigos todos de Jicotencatl, encargándoles que se valiesen de todas las razones persuasivas y halagadoras para hacerle desistir de su idea y que volviese á ponerse al frente del ejército. Los comisionados le alcanzaron en el camino y le suplicaron que abandonase la resolucion tomada, puesto que era contraria á los deberes del hombre que blasona de noble y de un general. Añadieron que la ciudad entera estaba interesada en acabar con el poder del imperio que habia tenido supe-
ditadas todas las naciones de Anáhuac, y que hasta su mismo padre, á no hallarse ciego y anciano, hubiera tomado parte en aquella expedicion, que tenia por objeto destruir el imperio azteca (1). «Si mi padre y el senador Maxixca hubieran hecho caso de mis consejos,» contestó Jicotencatl, «no ejercerian los hombres blancos el poder que ejercen, ni seria su voluntad la única que se acatase en Tlaxcala. Decid, pues, al jefe castellano, que he resuelto no ir á esa campaña, y que me vuelvo á mi pais (2).»

(1) «E como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlaxcala, amigos de Xicotenga, á hacelle volver del camino, y le dijese que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mejicanos, y que mire que su padre D. Lorenzo de Vargas, si no fuera viejo y ciego, como estaba, viniera sobre Méjico.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escaci le hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dijo que no queria venir.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

Convencidos los enviados de que eran inútiles sus consejos y observaciones, regresaron á Texcoco á dar cuenta del mal resultado de su comision.

Hernan Cortés comprendió que era preciso obrar ya con energía, y castigar severamente al hombre que parecia dispuesto á sembrar dificultades en su marcha. «Está visto que siempre será Jicotencatl nuestro enemigo: al principio con las armas y despues con el consejo, nos ha hecho una guerra tenaz. Preciso es, pues, poner término á sus traiciones. Basta lo pasado y el presente para aplicar el remedio al mal, que á no cortarlo, podria producir consecuencias funestas para lo futuro (1).»

Sin pérdida de momento, dispuso que saliese una partida de cuatro hombres de caballería, con un alguacil y cinco nobles principales de Texcoco, con orden de que, donde quiera que le alcanzasen, bien fuese en territorio texcocano ó tlaxcalteca, volviesen á invitarle amistosamente á que desistiese de la determinacion de retirarse; pero que si insistia, se le diese allí mismo la muerte de horca.

Para tomar esta determinacion contra una persona de las mas notables de la república de Tlaxcala que, al distinguido puesto de general en jefe del ejército de su nacion, reunia la recomendable cualidad de ser hijo de uno de los gobernantes mas respetables, Cortés contaba con la seguridad de que su disposicion seria aprobada por el senado y la nacion tlaxcalteca. Desde algunos dias antes de

(1) «E dijo: Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos, y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.